

Divinas Palabras*

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, purifícame.
Pasión de Cristo, confórtame.
Oh, buen Jesús, óyeme.
Dentro de tus llagas, escóndeme.
No permitas, que me aparte de tí.
Del maligno enemigo, defiéndeme.
En la hora de mi muerte, llámame...
Ignacio de Loyola

Santifícame

*Quare triestes es, anima mea
et quare conturbas me?*

Debía ser el alma,
sí, era el alma la congoja aquella
que anegaba mis rezos, y lenta discurría
derramándose por el teclado blando
del armonium cada vez que pulsaban
la llave del celeste.
Debía ser el alma
aquel desmayo vacío, igualable tan sólo
de los ardientes cirios a las lisas melenas
si acaso mi misal se abría por la estampa
de un bello hermafrodita con un nombre de santo.
Sí, lo sé, debía ser el alma
el temor que sentía, la certeza,
cuando el duro viril asentaba su albura
—tan arrasada estaba de diamantes
que la custodia de plata parecía—
de que una de mis manos incontenible y pálida
siguiera resbalando
despacio, muy despacio, por mi pelvis.

* *Poemas del libro inédito Devocionario (III Premio Internacional de Poesías Rey Juan Carlos I), de inmediata aparición en la Colección Visor.*

Sálvame

Mis ojos, por tu cuerpo reclamados,
de su hermosura avisan, amplio torso devastan
y en la estrecha cadera contiénense aturdidos.
Sin indulgencia alguna muestran al labio hambriento,
de cerezas mordientes, la semilla
y al igual que en mis dedos el más ardiente roce
de tu piel se presagia, de la amatista intrusa
e irisado pezón, en mi confusa lengua
avívase tu tacto.

Las feroces punzadas de un turbador augurio
procurar apaciguar mi inasaltado vientre,
pero es vano el combate del que ya ha sido herido.
Y es un abismo el goce, el anhelo locura,
es tu nombre invocado amarga extenuación
y tu cuerpo inminente rigurosa medida
de mi infierno.

De este insaciable afán dicen que has de salvarme.
Pero lo cierto es que enfebrecida aguardo
y que puedo morir antes de que me toques.

Embriágame

Matarte, sí, matarte:
desatar una cinta jugosa por tu pecho,
que salte fresca,
su tacto más sedoso apresurando
que yo introduciré mis dedos desflecándola,
despeinándola, tomando su color,
guardando entre mis uñas sus húmedos ribetes,
haciéndome nacer, de repente, amapolas
o hibiscos en las manos;
embebiendo, empapando en tu herida
las ropas que me cubren, una a una.
Que a través de la alforza, del pliegue
—los bordados ahogando, inundando
la calada cenefa, hundiéndose
por las duras costuras y el tan entrecortado
diseño del encaje— llegue a mí
el don impetuoso de tu amor.

Señalado contigo mi estremecido cuerpo,
 con la vida que enloquecidamente de ti sale, y mi pelo salpica,
 y corona y enreda de alhelíes...
 Precipítame yo a bebérmela ávida,
 a beberte.

Embriagada de ti,
 irrestañable flor, muévase en tu costado
 mis labios incesantes.

Purificame

Dichosos los que salieron de sí mismos.
 Colette

Cierto es que alguna vez intento rebelarme,
 desprenderme, desnudarme de ti.
 Y te sueño vestido resbalando,
 desmayando hasta el suelo sus innúmeros frunces,
 y te niego. Tus fotos abandonan
 caladas cantoneras, el cristal de los marcos,
 y tu nombre se rompe, y me olvido
 que era de Mayo, y Pléyade, y de flor parecida
 al crisantemo.
 Y creo que ya no existe la Quinta de Tchaikowsky,
 pero recurro a ti.
 Al final, siempre recurro a ti,
 a tu silencio huraño ante la maravilla,
 a tus bucles pacientes bajo el sol irisándose
 mientras querías ser santa apretando amapolas,
 a tu desolación que era un ópalo turbio
 y a esa terquedad de no mostrarlo nunca.
 Voluntad educada para ser guardadora,
 para que de tu rostro no saliera
 ni un atisbo de ti, ni el corazón vaciar
 por calladas cuartillas, por la morada lana
 de los confesionarios. Ni en lágrimas verterlo.
 Cómo te vigilabas para no proclamar
 miedos o desventuras; la culpa y el desastre
 desdeñados, y el asombro escondido.
 Mi siempre lastimada y jamás dulce niña,
 atesorando ibas antifaces, metáforas,
 ingenuos simulacros de blindaje o conjuro

y no me adivinabas heredera y alumna.
 Mas yo no sé vivir sin imitarte.
 En mí no hay emoción sin que en ti la apacigüe
 ni recuerdo que al final no te mencione
 ni experiencia que no compare en ti,
 reina de la cautela y del enigma.
 Pero, tanto el sigilo, que ya no me sé el nombre
 de las cosas, ni de este sentimiento
 que está sobrepasándome, dulce e impetuoso,
 doloroso quizás, quizás desesperado.
 En no atenderlo está mi vanagloria,
 está mi preocupación y mi obediencia.
 Mi niña, mi tirana, contemplándote
 sé que todo es inútil, que me parezco a tí,
 y que en tí permanezco voluntaria y cautiva.
 Es mi memoria cárcel, tú mi estigma, mi orgullo,
 yo albacea, boca divulgadora
 que a tu dictado vive,
 infancia, patria mía, niña mía, recuerdo.

Confórtame

Cuando extiendas tus alas,
 tus cruelísimas alas, y me hagas beber
 de tu dura mejilla, sedúceme, te imploro.
 Derrama por mis hombros tus cabellos:
 lisa, brillante, sinuosa lycra
 que me recuerde fiestas con jóvenes caderas
 bailando en torno a mí, los más bellos desnudos
 presagiando.
 Ahógame en tus ojos, en su hondura decline
 mientras que me entretienen tus susurros
 y regrese el deseo a mi alcoba de enferma
 y otras noches suscite codiciándote,
 confundiéndome en ti.
 Sedúceme tú mientras me abrazas
 —antes de que me arrojes
 al alto precipicio de los astros—
 en tanto se concluye tu exterminio.
 Pues no quiero sentir cómo vas arrugando
 frágiles envolturas de apenas celofana,
 sensaciones, memoria,

las palabras hermosas: mis tesoros,
 la maraña sutil de mis inexplicables
 sentimientos, todo lo que aprendí
 o lo que rechacé para ser yo quien creo.
 Que yo no te discuta, que no intente salvar
 el más mínimo anillo de tu asedio
 indefensa me alcance la hendidura
 que de mí me arrebate y desposea.
 Pero es la nada
 lo que precisamente me da miedo.
 Pues es la nada algo para mí indiscernible,
 pero es algo: lo que no nos han dicho.
 Y es eso lo que más me sobrecoge.
 Y no es a ti a quien temo sino a esta ignorancia
 que a todo pone límites y alza muros
 donde el tiempo termina. Y el vacío es contorno
 y el nunca balaustrada en la final estrella
 y el infinito un día, un día detrás siempre
 del último después.
 Pero a ti no te temo.
 Por eso no permitas que aterrada te acoja,
 que inasequible sea a tu boca amarguísima,
 resistiéndome al vértigo que prosigue a tu alarma,
 retroceda.
 Quiero entregarme a ti serenamente,
 abandonarme toda a tu depredación,
 que el borde atormentado de la sábana
 intacto permanezca, y mi rostro
 aniquilado quede, pero cumplido en ti
 en tu apacible máscara vaciado.
 Que mis ojos descansen en tu sueño,
 no quiero el estupor, no quiero entre mis párpados
 fijada la agonía
 de la noche de bodas de una muchacha necia.

Oyeme

No blancos baptisterios florentinos,
 no adolescentes ángeles, no el consentidor mármol
 cuya turgencia explica, tan admirablemente,
 las láminas lujosas: mi memoria, de pronto,

ha sido despoblada y una palabra única
salvé del exterminio.

Pero no llamo a nadie cuando digo «muchacho».
Aunque fiel perseguí por las cómplices páginas
del griego, la insolente hermosura
del joven Alcibíades, aunque lloré de amor
ante el náufrago Shelley y por Mozart,
desventurado niño, tesoro delicado,
inundé de esplendor mis días de desdicha,
si yo digo «muchacho» no digo «sentimiento».

Quizá sí sensación, invencible arrebató
de vivir, tan ajena al minuto
que va a precipitarse, inconsciente,
bastándome el saber, tan sólo, que está aquí,
que él es mi momento.

Y si digo «muchacho» no te engañes, no creas
que intento suscitar recuerdos conocidos.

Yo no sé compartir la emoción o la música
pero digo «muchacho» para sentirme viva
y nombrar el instante en el que mientras bailas
—fugitiva la luz alunara y constela
los cuerpos sinuosos— tus ojos, apresados
en mi mirada, brillan.

Escóndeme

En la profunda cúpula la noche desvanece
de sus joyas la lumbre, temblorosos berilos,
luminiscentes lágrimas que con las de tu rostro
no se dividen ya. Y el silencio nocturno
te apartó el terciopelo confidente,
fugitivo remedio para atender solícito
el lento destilar de la fiel sangradura.

Cándida la mañana te diseña llorando
y yo no sé qué hacer. Mi mano no se atreve
en inútil socorro a adelantarse
pues de mí no depende extenuación o pábulo.
El amor, ya lo sé, siempre ha sido un vedado
e intransferible infierno.
Y quisiera escapar, ocultarme,

volver al taciturno laberinto,
a los agudos setos de mi antiguo jardín.

Antes del extravío, la desprotección antes
del solitario túnel de la infancia,
al custodiado espacio que las lágrimas cercan
con vidriadas astillas.

Escóndanme tus párpados,
tus ojos no te adviertan de mi desasosiego,
ni inhábiles te engañen si la consternación
mi rostro indefendido con tu mejilla iguala.

Acaso el desespero puede ser simultáneo
pero no comparable, ni el consuelo recíproco
ternura suficiente, ni podrá ser jamás
idéntico el tormento que nos colma
aún cuando, tan brutal y encantadoramente,
hayamos sido heridos por un mismo muchacho.

Defiéndeme

Pues la noche con sus agudos dardos
acomete y la luna, emboscada,
acuchilla y perpetra sus crímenes magníficos.
Solamente al incauto el indicio indudable
despreviene, y en el abismo adentra
su mirada, y obstinado persigue
su final perdición.

El ojo vigilante bajo torva visera,
cigarro consumiéndose entre jóvenes labios
y estrellas tachonando muñequeras gastadas,
cinturones, con sus turbios destellos.

Y protección suplico a la sabia experiencia
que asegura su escudo restando atrevimiento.

Y entorno mis ventanas. Y renuncio
a la fascinación de la nocturna búsqueda.

Y toda defensa no parece bastante
cuando temo que, inmoderadamente,
ignorando esa sorda amenaza
que acecha en la belleza
rendida me aproxime preguntándote «cuánto».

Llámame

Paraíso sin ti, ni imagino ni quiero.
Julio Aumente

Yo aguardo la señal para reconocerte.
Cada noche, mientras tiembla el invierno
y abatida la lluvia se derrama
y el frío elige calles y restalla cordeles,
indóciles cabellos de pronto destrenzados,
yo aguardo la señal.
Y te busco incesante, y en la música entro:
acolchada la puerta se cierra tras de mí,
la sombra me golpea y mis ojos insisten,
suelta lanza dispersa y confundida.
Por el esbelto nardo y el armonioso alerce,
sauce, flor, el oro se desnuda,
gráciles piernas, bosques, enramadas:
dime, serpiente, dónde tus anillos.
Irresistible seductora mía, sin ti mi rostro
es fervoroso girasol anclado, es alabanza inerte,
no selva trastornada, no subterránea herida
ni belleza.
Sin deseos, sin sed, sin perseguido abismo,
sin que aceches y ofrezcas y arrebatos,
qué jardín, dime tú, qué jardín
se podría llamar paraíso o delicia.
Mi tentación hermosa,
cada noche te busco, cada noche.
Y aguardo tu señal, transida ya de ti
para reconocerte y entregarme.

Ana Rossetti